

taba comprometido, respondió con semblante tranquilo que estaba satisfecho de la jornada. Según él, las empresas del enemigo habían fracasado y las tropas francesas se habían mantenido en su línea inexpugnable. Jarrás, conforme escribió más adelante, no se había atrevido á preguntar al mariscal sino con «discreción respetuosa (1);» subordinado demasiado pasivo para ser útil, se guardó de formular objeción alguna. Bazaine, después de haber tranquilizado á todo el mundo, se encerró en su habitación y á las ocho y veinte minutos de la noche expidió al emperador el siguiente telegrama: «Llego de la meseta; el ataque ha sido muy vivo; en este momento cesa el fuego; nuestras tropas han permanecido constantemente en sus posiciones (2).»

La serenidad del general había calmado á los más inquietos. Media hora después llegó á toda prisa adonde se hallaba el estado mayor un subintendente militar que, según dijo, había expedido al 6.º cuerpo un convoy de víveres, el cual se había encontrado con carros que marchaban desordenadamente, con grupos de fugitivos, con jinetes que corrían alocados. Creyendo que se trataba de un pánico de carreteros y cantineros, dijo Jarrás al subintendente: «Reorganizad vuestro convoy y enviadlo al 6.º cuerpo que seguramente ha conservado sus posiciones (3).» En aquel instante presentóse el comandante Caffarel, edecán de Canrobert, dando cuenta de todo lo ocurrido: el ala derecha había sido rebasada, Saint-Privat había caído en poder del enemigo y los nuestros habían tenido que emprender una retirada que degeneraba en fuga. A este siguieron otros mensajeros, el capitán De la Tour du Pin, que venía del 4.º cuerpo, y el coronel Lonclas. El mariscal, que, según parece, quería trabajar, había dado orden de que no le importunaran; pero ante la gravedad de las noticias, Jarrás quebrantó la consigna. Lo que hubiera debido consternar al comandante en jefe dejóle impasible: la víspera y aun aquella misma mañana había hecho estudiar por el coronel Lewal posiciones que llevaban al ejército á ponerse nuevamente bajo la protección de los cañones de Metz; las órdenes habían sido dadas y se ejecutarían en seguida en vez de esperar al día siguiente. Así habló el mariscal, sea por inconsciencia ó por increíble aberración, sea con la esperanza de paliar la derrota aparentando no darle importancia: «No os desconsoléis,» dijo al comandante Caffarel, como si se tratara de un fracaso insignificante. El capitán De la Tour du Pin, que había dejado al 4.º cuerpo en situación menos desesperada, se atrevió á pronunciar algunas palabras que habían de devolver la confianza á los abatidos: «La división Lorencez, dijo, ha conservado todas sus posiciones; junto á nosotros, el 3.º cuerpo se sostiene firme y acaba de enviarnos socorros;» y luego, con su soberbia y generosa valentía añadió: «La batalla no está perdida; mañana se reanudará.» Al oír esto Bazaine se sobresaltó, y pronto siempre á enfriar los entusiasmos, como otros á encenderlos, le interrumpió diciendo: «No se trata de esto; mañana habíais de retroceder y la única innovación consiste en que retrocederéis esta noche (4).»

(1) General Jarrás, *Souvenirs*, pág. 125.

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 43.

(3) General Jarrás, *Souvenirs*, págs. 127 y 128.

(4) *Procès Bazaine*, declaraciones de Caffarel y La Tour du Pin (audiencia de 25 y 27 de octubre de 1873).

Durante toda la noche marcharon las tropas descendiendo por los barrancos que conducen á Metz; el 6.º cuerpo se concentró en Woippy, y el 4.º se detuvo, en la mañana del 19, en Lorry. Lebeuf, aunque intacto hasta entonces, quedaba al descubierto á consecuencia de la retirada de Canrobert y de Ladmirault; y habiendo recibido á la una y media orden de replegarse, mandó que sus tropas se retiraran por el valle de Chatel y apoyó su izquierda en las aldeas de Sey y de Lessy, mientras por su derecha se ponía en contacto con el 4.º cuerpo. Frossard, á pesar de haber rechazado todos los ataques, fué también arrastrado por el movimiento retrógrado, y el 19 se instaló entre Longeville y el monte Saint-Quentin. La guardia se instaló al Este de Plappeville. Mientras se consumaba la gran retirada, Bazaine completaba, en un parte al emperador, los despachos de la víspera, anunciando «que el ejército se había batido todo el día en las posiciones desde Saint-Privat-la-Montagne á Rozerieulles y las había conservado,» y añadiendo con intencionada ambigüedad: «El 4.º y el 6.º cuerpos han realizado, á eso de las nueve de la noche, un cambio de frente, dejando el ala derecha á retaguardia, á fin de evitar un movimiento envolvente por la derecha que masas enemigas trataban de llevar á cabo á favor de la obscuridad.» Perdida la partida, Bazaine se dedicaba á quitarle importancia y á disminuir la trascendencia del fin que con ella se había perseguido; y aquella batalla, que la posteridad llamará *batalla de Saint-Privat*, había de ser denominada por él, valiéndose de una designación suavizada é ingeniosamente equívoca, *defensa de las líneas de Amanvillers*.

Podía aún el mariscal disimular su derrota; lo que no podía era conjurar su destino. Lo que tenía de precaria su situación había de demostrarlo la suerte que cupo al despacho que acabamos de citar. En efecto, apenas terminada la batalla, los exploradores de la caballería sajona que llegaron hasta Uckange, habían destruido el telégrafo y la vía férrea entre Metz y Thionville, y doce ó quince horas después, un destacamento de cazadores, que había salido en carruaje de Auboué, levantó los rieles y cortó los alambres en la línea de los Ardenas, á treinta kilómetros al Noroeste de Briey; de modo que cuando Bazaine quiso transmitir su parte, las comunicaciones estaban interrumpidas.

Moltke, que sólo gradualmente había abarcado toda la magnitud de su triunfo, tenía la certeza de que había de librarse una nueva batalla; por esto durante toda la noche permanecieron los prusianos delante de Amanvillers y de las granjas incendiadas, á cierta distancia, casi temerosamente y como si la lucha hubiese quedado suspendida, no definitivamente resuelta. Pero los albores del nuevo día iluminaron, no los preparativos para un nuevo combate, sino la retirada de las últimas columnas, que desaparecían en dirección á Metz. Entonces el jefe de Estado mayor alemán sintió disiparse sus postreras inquietudes, y delante de nuestra línea desguarnecida, en la que sólo había heridos y cádáveres, comprendió que la presa era suya.

No bastaba, sin embargo, echar á los franceses hacia Metz; era además preciso apresurar el triunfo final con la marcha sobre París, y Moltke, en vez de descansar en su victoria, imaginó inmediatamente una combinación nueva que había de completar las ventajas obteni-

das por Prusia. El primero y el segundo ejércitos, con todos los cuerpos reunidos y con sus divisiones de caballería, representaban, deducidos los no combatientes, una fuerza real de más de 270.000 hombres; y juzgando que se podía, sin imprudencia, no destinar al bloqueo de Metz la totalidad de estos efectivos, dictóse, sin pérdida de momento, en 19 de agosto, una real disposición dando una nueva distribución á los contingentes alemanes. La guardia, los cuerpos XII.º y IV.º y las divisiones 5.ª y 6.ª de caballería fueron reunidos en un nuevo ejército ó subdivisión de ejército, cuyo mando se confió al príncipe real de Sajonia, y que más adelante debía denominarse unas veces *cuarto ejército* y otras *ejército del Mosa*. Estos cuerpos así agrupados habían de unirse al tercer ejército, llamado del *príncipe real*, y combinar su acción con él, siendo su objetivo común encaminarse hacia París y subsidiariamente cortar el paso á cualquier ejército de socorro que tratara de libertar á Bazaine. El resto de las fuerzas alemanas, puesto bajo el mando superior del príncipe Federico Carlos, quedaría afecto al sitio de Metz. Mientras el nuevo ejército dirigía hacia el Oeste sus primeras columnas, en el otro se repartían los papeles para el bloqueo: el VII.º cuerpo se situaba al Sur de la ciudad, el VIII.º se extendía hasta la granja de Moscou, el II.º guarnecía las columnas, desde Moscou hasta Saint-Privat, y el X.º, en substitución de los sajones, prolongaba sus posiciones hasta más allá de Roncourt y hasta cerca del Mosela. Detrás, el III.º y el IX.º cuerpos, distribuidos entre la granja de Caubre, Saint-Ail y Sainte-Marie-aux-Chenes, formaban la segunda línea. La orilla derecha, menos expuesta, quedaba vigilada por el I.º cuerpo, la 3.ª división de reserva y la 3.ª división de caballería (1).

El día 20 quedaban terminados estos preparativos, siendo aquella la primera jornada del sitio. Prusia acababa de recoger los frutos de su intenso esfuerzo: seis días antes tres caminos se abrían á nosotros para escapar de Metz, el de Mars-la-Tour, el de Conflans y el de Briey; el 16 habíamos perdido el primero á consecuencia de la batalla de Rezonville; el 17 nuestra retirada había dejado en poder del enemigo el segundo; el 18 la batalla de Saint-Privat nos había cerrado el tercero.

XXII

Así terminaba, después de cinco días de marchas y de maniobras y de tres grandes batallas, el duelo entre los dos ejércitos. La historia no ofrece nada más memorable que esto. El premio de la victoria ó de la derrota era Francia: en ambos campos el número de combatientes era proporcionado á la importancia de lo que se disputaba; Francia había enviado al lugar de la lucha sus mejores tropas, Alemania sus soldados más valientes, y allí estaban en el bando alemán el rey, Moltke, los príncipes prusianos y todos aquellos otros príncipes á quienes Sadowa había encadenado á la fortuna alemana, y en el bando francés los vencedores de Malakof, de Magenta, de Solferino, mandados por tres mariscales de Francia. La ciudad en cuyas inmediaciones

(1) *La guerre franco-allemande*, tomo II, págs. 885 y siguientes.

se libraba el combate era una de las más famosas plazas fuertes de Europa, y el patriotismo francés gustaba de llamar á Metz la inviolada. Por una singularidad muy poco frecuente en los fastos de la historia, lo mismo en Mars-la-Tour que en Saint-Privat cada adversario combatía de cara á su propio país, y la gran esperanza de los franceses había de ser no invadir el territorio enemigo, sino volver á la patria. Inaugurábanse métodos de guerra completamente nuevos, de suerte que la misma lucha que había de cambiar toda la política desconcertaba también todas las prácticas mili-



El príncipe Adalberto de Sajonia

tares consagradas por el tiempo. El horror solemne de los acontecimientos aumentaba con el tributo que la muerte se había cobrado en los dos ejércitos: ya hemos visto cuáles fueron las pérdidas de Borny y de Rezonville; las de Saint-Privat ascendían para los franceses á más de 12.000 hombres entre muertos, heridos y desaparecidos (2); los alemanes, mucho más castigados, contaban más de 5.000 muertos y más de 14.000 heridos (3). Cuando la guardia prusiana hubo de unirse al príncipe de Sajonia, vióse obligada á retardar su marcha hasta el día siguiente, ¡tan grande era el número de muertos que había de enterrar!

En la literatura nacida de la guerra se ha designado algunas veces con el nombre de trilogía de Metz la serie de las tres batallas en que se hundió nuestro ejército; y realmente encontramos algo del drama antiguo en las faltas mezcladas con fatalidades que hicieron vana toda valentía, engañosa toda esperanza. Durante cinco días, del 14 al 18, nos acercamos á la victoria, la tocamos, vamos á cogerla y se nos escapa. En Borny, empeñando con mayor vigor la batalla, pueden los nuestros asegurarse la ventaja, ó rehuyéndola, ganar un

(2) Parte del general Bazaine sobre la defensa de las líneas de Amanvillers (*Revue d'histoire*, junio de 1904, pág. 660).

(3) *La guerre franco-allemande*, tomo II, anexos, pág. 200.

día para la retirada; pero no se combate lo bastante para vencer y si lo suficiente para perder las horas. En el entretanto, el empleo incompleto de los caminos provoca la confusión y la lentitud en la marcha, y estas es la parte de la imprevisión; luego, una crecida del río retrasa la terminación de los puentes, y aquí vemos la mano de la fortuna adversa. Y á todo esto, sea por vacilación de última hora, sea por incuria, los puentes de paso aguas arriba de Metz quedan intactos y como preparados para el enemigo. El 16 se empeña en Rezonville la batalla; ninguna tragedia forjada por el arte ha igualado á esta tragedia vívida; por suerte rara, tenemos la superioridad numérica, y durante muchas horas la ventaja está de nuestra parte; Ladmirault llega hasta Mars-la-Tour, y más allá de este pueblo, la meseta, libre de enemigos, significa para nuestro ejército semicautivo la libertad coronada por la victoria. Pero se desperdicia aquella ocasión; cierra la noche cuando el combate aún está indeciso, y andando el tiempo, en aquellos lugares famosos, podrá grabarse en uno de los monumentos conmemorativos de la batalla esta frase del príncipe Federico Carlos: «En los combates el verdadero vencido es el que cree serlo.» ¿Podía combatirse al día siguiente? Cuando menos, podía conquistarse la salvación mediante la huida, que si la carretera de Conflans está demasiado expuesta á los ataques del enemigo, en cambio permanece libre la de Briey; y, sin embargo, en vez de avanzar, los nuestros retroceden hacia Metz. El 18 las circunstancias favorables han desaparecido en gran parte: Moltke ha reunido ó tiene muy próximos todos sus cuerpos de ejército, salvo el I.º y el IV.º, de manera que sus fuerzas son casi dobles de las nuestras; y, sin embargo, cuando en la madrugada las columnas alemanas se extienden y desfilan por delante de nuestras tropas inmóviles, ¿es imposible caer sobre ellas y disgregarlas? Y cuando á mediodía Mantein, en un combate prematuro, lleva sus efectivos incompletos delante de nuestros cañones y de nuestros chassapots, ¿es quimérico creer que una ofensiva atrevida habría podido trocar en desorden un principio de confusión? El día declina; por las desnudas laderas que suben hacia Sainte-Marie-aux-Chenes avanza la guardia, con tanta temeridad como intrepidez; nuestras balas causan estragos en sus filas y la artillería que aún le queda á Canrobert se cansa de disparar. Que las baterías de reserva coronen las alturas de Saint-Privat; que Bourbaki, que está ya en el *Gros-Chêne*, acuda presuroso con sus granaderos, y ni un solo hombre de los magníficos regimientos del rey Guillermo escapará á la inmolación. Ciertamente Prusia tiene reservas, que detrás de la guardia está el X.º cuerpo y detrás del IX.º cuerpo el III.º; pero uno y otro están lejos, uno y otro se encuentran aún maltrechos á consecuencia de la batalla del 16, y acaso la fortuna nos reserva una suerte favorable en el momento en que todo parece comprometido.

Con frecuencia en la historia la magnitud de los sucesos resulta más sorprendente por la pequeñez de los hombres; y aquí la pequeñez se encarna en Bazaine. Ese jefe tan insignificante para un ejército tan grande será en lo porvenir eterno motivo de asombro. Se ha dicho que, en aquella época, quería, conservando su ejército en Metz, reservarse para el momento en que, gastado todo menos él, sería el árbitro necesario en la pa-

tria desesperada; pero me cuesta creer que el mariscal fuera tan enemigo de su fama que librara batallas sin deseos de vencer. Si no me engaño, las intrigas se desarrollaron después, cuando la caída del imperio, dejando vacante el poder, autorizó ó pareció autorizar los cálculos de la política. En cuanto cabe deducir afirmaciones de tales obscuridades, puede decirse que en los acontecimientos, en la naturaleza misma del hombre, es en donde debe buscarse el origen de las aberraciones que Francia pagó tan caras. Bazaine, al encargarse del mando, se había encontrado con un plan que no era el suyo; un hombre de genio habría prescindido de aquel plan é impuesto su criterio; un militar bien disciplinado habría tenido la abnegación de ejecutar lo que no había concebido. Pero Bazaine, que no tenía el genio que domina ni la virtud que se obscurece, no fué sino el ejecutor de mala gana, de antemano descorazonado, del pensamiento que se había apropiado sin creer en él, y empleó toda su habilidad en ser obediente sólo lo preciso para no aparecer rebelde. Su travesura, que era grande y tocaba á veces los límites de la truhanería, le había de facilitar esta tarea, de manera que sus cualidades, todas de segundo orden, lejos de aprovechar al bien público, no habían de hacer sino disimular las indecisiones de su pensamiento. Con apariencias de ductilidad, lo aceptó todo de su predecesor, incluso un jefe de Estado mayor que no le gustaba y á quien, sin despedirle, se contentó con inutilizar; y después sólo tuvo voluntad á medias en una empresa que sólo podía realizarse por la voluntad, es decir, por una voluntad inquebrantable de vencer y de pasar. Su conducta ofreció la más singular mezcla de una docilidad que ejecutaba la retirada y de una flojedad escéptica que enervaba desde luego todo cuanto preparaba. La obediencia indicó el camino para la partida; pero la inercia descuidó el reconocer ó precisar los caminos. Ese hombre, que había sido y todavía era un soldado valiente, no dejaba de tener sus reacciones de entusiasmo, y entonces indignábase el retirarse y soñaba, según sus propias palabras, con algún ataque repentino contra el flanco enemigo. Eran aquellos impulsos pasajeros accesos, cesados los cuales volvía al plan general, pero con mayor repugnancia y mal humor que antes, de manera que todo, incluso sus fugaces instintos de audacia, redundaba en contra suya y en contra nuestra. Partió el emperador y entonces respiró Bazaine, pero como impotente ambicioso que sólo sabe obedecer malamente. Empeñóse la batalla de Rezonville: la prueba era superior al genio del comandante en jefe, cuyas miradas, del mismo modo que las tropas inexpertas buscan el abrigo de los muros, se fijaban en Metz y en la precaria protección de sus murallas. Por el Oeste, los grandes espacios despejados le infundían temor y le impulsaban á retroceder; sentía esa impresión de los débiles que en presencia del vacío se estremecen. Precisamente supo que algunas tropas enemigas, subiendo desde Ars, parecían amenazar su izquierda, y deseoso de un pretexto cualquiera para no atreverse, aceptó la noticia, la adaptó inmediatamente á sus timideces y amontonó hacia la parte de Gravelotte las fuerzas que debieran haber abierto los caminos del Oeste. Ya sabemos lo demás: la ocasión perdida, la marcha del 17 y la retirada.

Hasta aquel momento esta conducta, por extraordinaria que sea, tiene atenuaciones, pues la magnitud de las circunstancias era tal que para vencer habríase necesitado un Turena, según la frase de Canrobert. Estas consideraciones son ciertas, por más que hay muchas

y revisiendo las que daba de formas voluntariamente ambiguas, se libraría de la responsabilidad de la derrota y la repartiría entre sus lugartenientes? De todas las apreciaciones, la más indulgente es la que encuentro escrita por uno de los ayudantes del mariscal: «El co-



El general Bourbaki

maneras de fracasar y sobre todo de no ser un Turena; en cambio, la inercia del 18 desconcierta todas las explicaciones. ¿Consideró el mariscal sin importancia un combate que, aun siendo desfavorable, no haría sino provocar una retirada de antemano resuelta? ¿La resistencia del 2.º y del 3.º cuerpos le tranquilizó hasta el punto de estimar superfluo preocuparse de Amanvillers y de Saint-Privat? ¿Consideró imposible la victoria y esperó que, no presentándose, no prodigando las órdenes

mandante en jefe, dice este oficial, no debió figurarse la gravedad de la batalla (1).» Estas palabras son las de un subordinado correcto que no quiere ser acusador; pero la justicia severa del porvenir no aceptará este juicio sino á condición de completarlo, y añadirá que si Bazaine no supo la verdad, fué porque hasta el final hizo cuanto era preciso para ignorarla.

(1) Coronel Fay, *Journal d'un officier de l'armée du Rhin*, página 108.

En el entretanto, reinaban á la vez la alegría del triunfo y la desolación: á los despachos que anunciaban sus grandezas habían sucedido los mensajes que enumeraban los muertos, y en la casita de Rezonville, en donde pasó la noche de Saint-Privat, y luego en su cuartel general de Pont-à-Mousson, supo el rey á qué precio le otorgaba Dios la victoria. Todos los testimonios convienen en que aquellas noticias le trastornaron y la impresión que sintió agravóse por la categoría de las víctimas que en los regimientos de la Guardia pertenecían á las más ilustres casas de la monarquía; y Bismarck, embargado también por la emoción que á todos dominaba, decía á sus familiares: «Mañana no habrá en toda la nobleza prusiana una sola familia que no haya de vestir luto.» Alemania decidió consagrar los lugares en donde tantos valientes habían sucumbido; hoy, lo que fué campo de batalla es cementerio, y aunque todos los demás testimonios desaparecieran, se podrían reconstituir los combates por los sitios que ocupan las sepulturas: en Vionville, en Flavigny, en el lindero del bosque de Tronville, los soldados del III.º y del X.º cuerpos tienen sus monumentos; la brigada Bredow tiene el suyo cerca de la Vía romana; en el barranco del Mance, un corneta de bronce fundido parece todavía llamar al combate á los cazadores renanos; en el bosque de la Cusse, en las inmediaciones de la vía férrea, están las piedras sepulcrales de los hessenses; y en las vertientes de Amanvillers y de Saint-Privat, multitud de tumbas de magnificencia un tanto demasiado fastuosa recuerdan á la posteridad la gran inmolación de la Guardia. Si seguimos la línea de la frontera al Oeste de la meseta, veremos que su trazado se aproxima ó se aleja según un dibujo extraño que parece sólo inspirado por el capricho; es que el anciano rey quiso, en lo que pudo, englobar en la patria alemana los lugares en donde descansaban sus soldados. Esta profusión de homenajes póstumos ha sido sugerida por una feroz arrogancia tanto como por un sentimiento piadoso. Hay algo de provocación en aquellas tumbas que miran á Francia y que con sus inscripciones, sus estatuas y sus emblemas diríase que todavía la amenazan. Aquellos muertos, como los fuertes, como los caminos estratégicos, como las oleadas de inmigrantes que llegan de Prusia, guardan el territorio; habiéndolo conquistado con su sangre, parecen ser sus dueños y desde el fondo de sus orgullosos sepulcros proclaman una conquista tan duradera como la eternidad de su reposo.

En aquel vasto cementerio, en donde por todas partes dominan las águilas alemanas, algunas cruces esparcidas señalan las sepulturas francesas, pocas en número, modestas y como perdidas en lo que fué patria. El principal monumento, erigido en la campiña de Metz, álzase en Sainte-Marie-aux-Chênes, á la memoria de los soldados del 94.º de línea. Como si la enemistad de las dos razas fuese más poderosa que la muerte, nuestra patria ha preferido traerse las reliquias de los suyos á dejarlas en tierra usurpada: ha habido allí una especie de

emigración de los muertos; en la aldea, conservada á Francia, de Mars-la-Tour, se ha levantado un monumento y luego la iglesia se ha convertido en capilla funeraria, en la que nuestra patria ha reunido lo que ha podido de los restos de sus hijos.

Media gran distancia entre estos modestos recuerdos y la profusión magnífica de los mausoleos alemanes; tal vez se pensó que demasiado fausto contrastaría con nuestra suerte precaria; acaso también una delicadeza genuinamente francesa ha creído que el dolor verdadero pierde ostentándose. Por fortuna el valor no se mide por el esplendor de los recuerdos que lo consagran. Al hablar del ejército de Metz hemos tenido que enumerar las faltas de quien lo mandó; pero las aberraciones del jefe en nada amenguan la bravura de los soldados. En aquellos días de agosto, el ejército fué vencido, pero después de tales proezas, que al dolor se sobrepone un sentimiento de orgullo: los combates del 4.º cuerpo en las inmediaciones del *Fond de la Cuvre* y del bosque de Tronville; la defensa de Sainte-Marie-aux-Chênes, la resistencia de la granja Saint-Hubert y la lucha delante de Amanvillers constituyen otros tantos episodios que la posteridad no olvidará; y en cuanto á los supremos esfuerzos de Saint-Privat, su recuerdo será tan duradero como la misma Francia. La admiración sube de punto al considerar lo que al valor añade el infortunio. Cuando se recorren aquellos campos de batalla cubiertos de trofeos enemigos, los ojos se fijan, no en los vencedores, algo demasiado soberbios para conmover, algo demasiado saturados de sus propias alabanzas, ni siquiera en aquellos de los nuestros á quienes sostenía la emulación de la recompensa ó de la fama, sino en los héroes anónimos que, sin gran esperanza, pero también sin miedo, sucumbieron para salvar ó reconquistar todo lo que la inercia de un jefe culpable había llevado á la perdición. El pensamiento se inclina hacia los más humildes, hacia la obscura multitud de los sacrificados, hacia aquellos á quienes la patria, empleando el mismo lenguaje que la Iglesia, denomina mártires, hacia esa masa ignorada que el mundo no ha conocido ni conocerá jamás y á la que sólo Dios puede pagar la deuda que la tierra no les ha pagado. El día de Difuntos, en las parroquias de nuestros campos cristianos, cuando el sacerdote celebra la conmemoración de los muertos, pronuncia uno á uno todos los nombres, desde los más notables hasta los más humildes; y luego, una vez terminada la lista fúnebre, busca el más abandonado, el más desheredado, y añade, á la intención de aquellos cuya memoria no se conserva: *Oremos por el alma más desamparada*. Sea esta nuestra plegaria, y entre todos los que en las batallas que hemos narrado derramaron su sangre, consagremos preferentemente nuestro homenaje á los más olvidados, á los que ninguna recompensa han recibido de los hombres, á los que, aun en el recuerdo de sus allegados, no representan sino una imagen borrosa, pero cuyo nombre ha grabado en el cielo Dios, que corona el sacrificio y repara los olvidos.

LIBRO CUADRAGÉSIMO SEGUNDO

EL CAMPAMENTO DE CHALÓNS

- SUMARIO: I.—Después de Froeschwiller; el 1.º cuerpo en Saverne; gran confusión que nace de la derrota. — Paso de los Vosgos: llegada á Sarreburgo (8 de agosto). — El 5.º cuerpo: cómo es arrastrado en la retirada del 1.º: órdenes contradictorias que se reciben de Metz. — Cómo continúa la retirada: el 1.º cuerpo; el 5.º cuerpo. — Suerte del 7.º cuerpo. — Concentración general hacia Chalóns.
- II.—El campamento de Chalóns: en qué desorden afluye todo allí: peligros de toda clase: fermentos de indisciplina: ninguna defensa contra el enemigo. — Despacho del general Schmitz al ministro de la Guerra. — Llegada del general Trochu al campamento.
- III.—El emperador: su viaje; su llegada al campamento de Chalóns (16 de agosto). — Cómo se encuentran reunidos en aquellos lugares varios de los principales actores de la política y de la guerra; el príncipe Napoleón: Mac-Mahón: Trochu. — Conversación que se entabla entre los que rodean al emperador y éste, y cómo esta conversación se convierte en verdadero consejo: incidentes varios: graves puntos que se discuten; resoluciones que se adoptan (17 de agosto). — Partida del general Trochu, nombrado gobernador de París.
- IV.—El gobierno de la Regencia; ideas secretas que en él dominan; la emperatriz y el general Palikao. — Cómo la primera noticia de las resoluciones adoptadas en Chalóns disgusta en alto grado á una y á otro. — El general Trochu: entrevista con la emperatriz: Trochu y el ministro de la Guerra. — El nombramiento del general se inserta en el *Journal Officiel* (18 de agosto).
- V.—El campamento de Chalóns después de la partida del general Trochu. — El emperador: cómo permanece en medio del ejército. — Mac-Mahón: sus terribles perplejidades; con qué ansiedad espera las noticias de Bazaine. — Mensajes recibidos de Metz; informe del comandante Magnán; despachos transmitidos por Bazaine el día de la batalla de Saint-Privat. — Interrupción de las comunicaciones telegráficas con Metz (19 de agosto). — Palikao: con qué ardor impulsa á Mac-Mahón á que se reuna con Bazaine. — Mac-Mahón: sus indecisiones. — Cómo parece amenazado el mismo campamento de Chalóns. — Partida del ejército para Reims (21 de agosto). — El Sr. Rouher en el cuartel general del emperador: consejo celebrado en Courcelles-les-Reims: cómo parece definitivamente adoptada la retirada á París. — Despecho y cólera de Palikao: su despacho (22 de agosto). — Cómo en el intervalo un despacho de Bazaine enviado por medio de un emisario hace que Mac-Mahón piense nuevamente en Metz: nuevo mensaje de Bazaine y por qué causa inexplicable no tiene Mac-Mahón noticia de este mensaje. — Cómo al fin se decide la marcha hacia el Este.

I

Las batallas del 6 de agosto habían separado violentamente al ejército de Bazaine del de Mac-Mahón. Ya hemos visto la suerte que cupo al primero; veamos ahora lo que ocurrió al segundo, para lo cual debemos remontarnos diez días atrás.

A las dos de la madrugada del 7 de agosto, los habitantes de Saverne habían sido despertados por las pisadas de los caballos y el ruido de armas de la caballería: los primeros en llegar fueron los lanceros; siguieron luego los húsares y los coraceros y finalmente los cazadores que á causa de la confusión habían tenido que detenerse á la salida de Niederbronn (1). A las cuatro, y en la misma carretera, que era la de Ingwiller, distinguieron numerosas tropas de infantería. Algunos batallones conservaban un continente bastante altivo; pero la mayoría de ellos estaban diseminados en pequeños grupos que ora apretaban el paso á causa del miedo, ora se rezagaban vencidos por la fatiga. Muchos soldados habían perdido sus mochilas, sus efectos, sus utensilios y en todos se veía el mismo desorden, el mismo sombrío atontamiento de la derrota. De cuando en cuando algunos vehículos atravesaban por entre los peatones y con todo el egoísmo de los grandes peligros empujaban á los soldados á las cunetas del camino.

Los aldeanos, asomados á las puertas de sus casas, aventurábanse á interrogar á los fugitivos, pero sin obtener más respuesta que un silencio abrumador ó algunas palabras azoradas que propagaban el espanto. El heroísmo sólo tiene un día, y cuando el éxito no ha coronado los esfuerzos, el valor se deprime en la misma proporción en que se había exaltado. ¿Quién habría reconocido en aquellos restos á los soberbios, á los sublimes regimientos de Froeschwiller?

A la entrada de la población, los oficiales del estado mayor salieron al encuentro de los soldados, los reconocieron por el número que llevaban en el cuello de la levita y trataron de agruparlos por regimientos. En las praderas de Saverne pasóse lista y apenas respondieron la mitad de los llamados; afortunadamente no todos los que faltaban debían darse por perdidos, pues á raíz de la derrota, muchas fracciones del 18.º, del 96.º y del 78.º de línea y del 1.º de tiradores habían tomado la carretera de Bitche; Ducrot, con una porción de sus hombres, había seguido el camino de la Petite-Pierre; no pocos soldados sueltos, bajo la impresión de terror de las persecuciones, se habían dispersado por todas las vías forestales, y algunos destacamentos habíanse dirigido á Haguenaú y desde allí á Estrasburgo (2). El 1.º cuerpo había arrastrado consigo una de las brigadas de la división Guyot de Lespart, la brigada de Fontanges (3),

(1) *Historique du 11.º régiment de chasseurs.*

(2) Véase *Revue d'histoire*, septiembre de 1902, pág. 590.

(3) 5.º cuerpo.